

laleydedios.org

Apéndice 8i: La cruz y el Templo

Esta página es parte de una serie que explora las leyes de Dios que solo podían obedecerse cuando el Templo estaba presente en Jerusalén.

- Apéndice 8a: Las leyes de Dios que requieren el Templo
- Apéndice 8b: Los sacrificios — por qué hoy no pueden ofrecerse
- Apéndice 8c: Las fiestas bíblicas — por qué hoy no puede guardarse ninguna
- Apéndice 8d: Las leyes de purificación — por qué no pueden guardarse sin el Templo
- Apéndice 8e: Los diezmos y las primicias — por qué hoy no pueden cumplirse
- Apéndice 8f: La Santa Cena — la Última Cena de Jesús fue la Pascua
- Apéndice 8g: Las leyes del nazareato y de los votos — por qué hoy no pueden cumplirse
- Apéndice 8h: La obediencia parcial y simbólica relacionada con el Templo
- Apéndice 8i: La cruz y el Templo (Esta página).

La cruz y el Templo no son enemigos, ni son dos "fases" en las que una cancela a la otra. La Ley de Dios es eterna (Salmo 119:89; 119:160; Malaquías 3:6). El sistema del Templo, con sus sacrificios, sacerdotes y leyes de pureza, fue dado por esa misma Ley eterna. La muerte de Jesús no abolió ni un solo mandamiento. Reveló la verdadera profundidad de lo que esos mandamientos ya estaban diciendo. El Templo no fue destruido para poner fin a los sacrificios, sino como juicio por la desobediencia (2 Crónicas 36:14-19; Jeremías

7:12-14; Lucas 19:41-44). Nuestra tarea es mantener unidas estas verdades sin inventar una nueva religión que reemplace la Ley con ideas humanas sobre la cruz.

El conflicto aparente: el Cordero y el altar

A primera vista, parece haber un conflicto:

- Por un lado, la Ley de Dios que ordena sacrificios, ofrendas y servicio sacerdotal. (Levítico 1:1-2; Éxodo 28:1)
- Por otro, Jesús presentado como "el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29; 1 Juan 2:2).

Muchas personas se apresuran a sacar una conclusión que las Escrituras nunca sacan: "Si Jesús es el Cordero, entonces los sacrificios se acabaron, el Templo llegó a su fin y la Ley que los ordenaba ya no importa".

Pero Jesús mismo rechazó esa lógica. Dijo claramente que no vino a abolir la Ley ni los Profetas, y que ni siquiera el trazo más pequeño desaparecería de la Ley hasta que pasen el cielo y la tierra (Mateo 5:17-19; Lucas 16:17). El cielo y la tierra siguen aquí. La Ley sigue en pie. Los mandamientos sobre los sacrificios, las ofrendas y el Templo nunca fueron revocados por sus labios.

La cruz no borra las leyes del Templo. La cruz revela aquello a lo que verdaderamente apuntaban.

Jesús como el Cordero de Dios — cumplimiento sin cancelación

Cuando Juan llamó a Jesús "el Cordero de Dios" (Juan 1:29), no estaba anunciando el fin del sistema sacrificial. Estaba declarando el verdadero significado de cada sacrificio que se había ofrecido por fe. La sangre de los animales nunca tuvo poder por sí misma (1 Pedro 1:19-20). Su poder provenía de la obediencia a Dios y de lo que representaba: el

sacrificio futuro del verdadero Cordero. Dios no dice una cosa para luego contradecirse (Números 23:19).

Desde el principio, el perdón siempre ha dependido de dos cosas que actúan juntas:

- La obediencia a lo que Dios mandó (Deuteronomio 11:26-28; Ezequiel 20:21)
- La provisión que Dios mismo estableció para la purificación (Levítico 17:11; Hebreos 9:22)

En el antiguo Israel, los obedientes iban al Templo, presentaban sacrificios como lo exigía la Ley y recibían una purificación real, pero temporal, propia del pacto. Hoy, el Padre conduce a los obedientes al verdadero Cordero, Jesús, para una purificación eterna (Juan 6:37; 6:39; 6:44; 6:65; 17:6). El patrón es el mismo: Dios nunca purifica a los rebeldes (Isaías 1:11-15).

El hecho de que Jesús sea el verdadero Cordero no hace pedazos los mandamientos sobre el sacrificio. Demuestra que Dios nunca estuvo jugando con símbolos. Todo en el Templo era serio, y todo apuntaba a algo real.

Por qué continuaron los sacrificios después de la cruz

Si Dios hubiera tenido la intención de abolir los sacrificios en el momento en que Jesús murió, el Templo habría caído ese mismo día. En cambio, ¿qué ocurrió?

- El velo del Templo se rasgó (Mateo 27:51), pero el edificio permaneció en pie mientras el culto continuaba allí (Hechos 2:46; 3:1; 21:26).
- Los sacrificios y los ritos del Templo continuaron a diario (Hechos 3:1; 21:26), y todo el relato de Hechos da por sentado un santuario en funcionamiento.
- El sacerdocio siguió sirviendo (Hechos 4:1; 6:7).
- Las fiestas siguieron observándose en Jerusalén (Hechos 2:1; 20:16).
- Incluso después de la resurrección, todavía se veía a los creyentes en Jesús en el Templo (Hechos 2:46; 3:1; 5:20-21; 21:26), y miles de judíos que creían en él eran “todos celosos de la Ley” (Hechos 21:20).

Nada en la Ley, nada en las palabras de Jesús y nada en los profetas anunció que los sacrificios se volverían pecaminosos o inválidos al instante en cuanto muriera el Mesías. No hay ninguna profecía que diga: “Después de que muera mi Hijo, deben dejar de traer animales, porque mi Ley sobre el sacrificio queda abolida”.

Por el contrario, los servicios del Templo continuaron porque Dios no tiene doble discurso (Números 23:19). No ordena algo como santo para luego tratarlo discretamente como impuro porque su Hijo ha muerto. Si los sacrificios se hubieran convertido en rebelión en el momento en que Jesús murió, Dios lo habría dicho claramente. No lo hizo.

La continuación del servicio del Templo después de la cruz muestra que Dios nunca había cancelado ningún mandamiento vinculado al santuario. Cada ofrenda, cada rito de purificación, cada deber sacerdotal y cada acto nacional de adoración siguió en vigor porque la Ley que los estableció permaneció sin cambios.

La naturaleza simbólica del sistema sacrificial

Todo el sistema sacrificial era simbólico en su diseño, no porque fuera opcional o careciera de autoridad, sino porque apuntaba a realidades que solo Dios mismo llevaría un día a su culminación. Las sanidades que confirmaba eran temporales — los sanados podían volver a enfermarse. Las purificaciones ceremoniales restauraban la pureza solo por un tiempo — la impureza podía volver. Incluso los sacrificios por el pecado traían un perdón que debía buscarse una y otra vez. Ninguna de estas cosas era la eliminación definitiva del pecado o de la muerte; eran símbolos ordenados por Dios que apuntaban al día en que Dios destruiría la muerte misma (Isaías 25:8; Daniel 12:2).

La cruz hizo posible ese desenlace definitivo, pero el verdadero fin del pecado solo se verá después del juicio final y de la resurrección, cuando los que han hecho el bien se levanten para la resurrección de vida y los que han hecho el mal para la resurrección de juicio (Juan 5:28-29). Solo entonces la muerte será devorada para siempre. Como los servicios del Templo eran símbolos que apuntaban a realidades eternas, y no las realidades mismas, la muerte de Jesús no los hizo innecesarios. Siguieron en vigor hasta

que Dios quitó el Templo como juicio — no porque la cruz los hubiera cancelado, sino porque Dios decidió poner fin a los símbolos mientras las realidades a las que apuntaban todavía esperan que él las lleve a su consumación final al final de la era.

Cómo funciona el perdón hoy

Si los mandamientos sobre los sacrificios nunca fueron abolidos, y si el sistema del Templo continuó incluso después de la cruz — hasta que Dios mismo le puso fin en el año 70 d. C. —, surge una pregunta natural: ¿cómo puede alguien ser perdonado hoy? La respuesta se encuentra en el mismo patrón que Dios estableció desde el principio. El perdón siempre ha venido por la obediencia a los mandamientos de Dios (2 Crónicas 7:14; Isaías 55:7) y por el sacrificio que Dios mismo estableció (Levítico 17:11). En el antiguo Israel, los obedientes recibían purificación ceremonial en el altar de Jerusalén, la cual la Ley llevaba a cabo principalmente mediante el derramamiento de sangre (Levítico 4:20; 4:26; 4:31; Hebreos 9:22). Hoy, los obedientes son purificados por medio del sacrificio del Mesías, el verdadero Cordero de Dios que quita el pecado (Juan 1:29).

Esto no representa un cambio en la Ley. Jesús no canceló los mandamientos sobre los sacrificios (Mateo 5:17-19). Más bien, cuando Dios quitó el Templo, cambió el lugar externo donde la obediencia se encuentra con la purificación. Los criterios siguieron siendo los mismos: Dios perdona a los que le temen y guardan sus mandamientos (Salmo 103:17-18; Eclesiastés 12:13). Nadie viene al Mesías a menos que el Padre lo atraiga (Juan 6:37; 6:39; 6:44; 6:65; 17:6), y el Padre atrae solo a quienes honran su Ley (Mateo 7:21; 19:17; Juan 17:6; Lucas 8:21; 11:28).

En el antiguo Israel, la obediencia llevaba a una persona al altar. Hoy, la obediencia lleva a una persona al Mesías. La escena externa ha cambiado, pero no el principio. Los infieles en Israel no eran purificados por los sacrificios (Isaías 1:11-16), y los infieles de hoy no son purificados por la sangre de Cristo (Hebreos 10:26-27). Dios siempre ha exigido las mismas dos cosas: obediencia a su Ley y sumisión al sacrificio que él ha establecido.

Desde el principio, nunca ha habido un momento en que la sangre de ningún animal, ni la ofrenda de ningún grano o harina, trajera verdaderamente paz entre un pecador y Dios. Esos sacrificios fueron ordenados por Dios, pero no eran la verdadera fuente de reconciliación. La Escritura enseña que es imposible que la sangre de toros y machos cabríos quite los pecados (Hebreos 10:4), y que el Mesías fue conocido de antemano antes de la fundación del mundo (1 Pedro 1:19-20). Desde el Edén, la paz con Dios siempre ha venido por medio del Hijo perfecto, sin pecado, unigénito (Juan 1:18; 3:16) — aquel a quien apuntaba cada sacrificio (Juan 3:14-15; 3:16). Las ofrendas físicas eran señales materiales que permitían a los seres humanos ver, tocar y sentir la seriedad del pecado, y comprender en términos terrenales el costo del perdón. Cuando Dios quitó el Templo, la realidad espiritual no cambió. Lo que cambió fue la forma material. La realidad siguió siendo exactamente la misma: es el sacrificio del Hijo lo que trae paz entre el ofensor y el Padre (Isaías 53:5). Los símbolos externos cesaron porque Dios decidió quitarlos, pero la realidad interna — la purificación provista por medio de su Hijo a quienes lo obedecen — continúa sin cambios (Hebreos 5:9).

Por qué Dios destruyó el Templo

Si la destrucción del Templo en el año 70 d. C. hubiera tenido como propósito “abolir los sacrificios”, las Escrituras lo dirían. No lo hacen. Por el contrario, Jesús mismo explicó la razón de la destrucción que vendría: el juicio.

Lloró por Jerusalén y dijo que la ciudad no reconoció el tiempo de su visitación (Lucas 19:41-44). Advirtió que el Templo sería derribado piedra por piedra (Lucas 21:5-6). Declaró que la casa quedaba desolada por la negativa a escuchar a los mensajeros de Dios (Mateo 23:37-38). Esto no era el anuncio de una nueva teología en la que los sacrificios se vuelven malos. Era el antiguo y conocido patrón del juicio: la misma razón por la que el primer Templo fue destruido en el año 586 a. C. (2 Crónicas 36:14-19; Jeremías 7:12-14).

En otras palabras:

- El Templo cayó por causa del pecado, no porque la Ley hubiera cambiado.

- El altar fue quitado por causa del juicio, no porque los sacrificios se hubieran vuelto impíos.

Los mandamientos permanecieron escritos, eternos como siempre (Salmo 119:160; Malaquías 3:6). Lo que Dios quitó fueron los medios por los cuales esos mandamientos podían cumplirse.

La cruz no autorizó una nueva religión sin la Ley

La mayor parte de lo que hoy se llama "cristianismo" se basa en una simple mentira: "Como Jesús murió, la Ley de los sacrificios, las fiestas, las leyes de pureza, el Templo y el sacerdocio han sido abolidos. La cruz los reemplazó".

Pero Jesús nunca dijo eso. Los profetas que profetizaron acerca de él nunca dijeron eso. Por el contrario, Cristo dejó claro que sus verdaderos seguidores deben obedecer los mandamientos de su Padre tal como fueron dados en el Antiguo Testamento, igual que lo hicieron sus apóstoles y discípulos (Mateo 7:21; 19:17; Juan 17:6; Lucas 8:21; 11:28).

La cruz no le dio a nadie autoridad para:

- Cancelar las leyes del Templo
- Inventar nuevos rituales como la Santa Cena para reemplazar la Pascua
- Convertir los diezmos en sueldos de pastores
- Reemplazar el sistema de pureza de Dios con enseñanzas modernas
- Tratar la obediencia como algo opcional

Nada en la muerte de Jesús autoriza a los hombres a reescribir la Ley. Solo confirma que Dios se toma en serio el pecado y se toma en serio la obediencia.

Nuestra postura hoy: debemos obedecer lo que puede obedecerse y honrar lo que no

La cruz y el Templo se encuentran en una verdad ineludible:

- La Ley permanece intacta (Mateo 5:17-19; Lucas 16:17).
- El Templo ha sido quitado por Dios (Lucas 21:5-6).

Eso significa que:

- Los mandamientos que todavía pueden obedecerse deben obedecerse, sin excusas.
- Los mandamientos que dependen del Templo deben honrarse tal como están escritos, pero no deben practicarse, porque Dios mismo quitó el altar y el sacerdocio.

No reconstruimos hoy una versión humana del sistema sacrificial, porque Dios no ha restaurado el Templo. No declaramos abolidas las leyes sobre los sacrificios, porque Dios nunca las canceló.

Nos situamos entre la cruz y el monte vacío del Templo con temor y temblor, sabiendo que:

- Jesús es el verdadero Cordero que purifica a quienes obedecen al Padre (Juan 1:29; 6:44).
- Las leyes del Templo permanecen escritas como estatutos eternos (Salmo 119:160).
- La imposibilidad actual de cumplirlas es el resultado del juicio de Dios, no un permiso para que inventemos sustitutos (Lucas 19:41-44; 21:5-6).

La cruz y el Templo juntos

El camino correcto rechaza ambos extremos:

- No: “Jesús abolió los sacrificios, así que la Ley ya no importa”.
- No: “Debemos restablecer los sacrificios ahora, a nuestra manera, sin el Templo de Dios”.

En cambio:

- Creemos que Jesús es el Cordero de Dios, enviado por el Padre para quienes obedecen su Ley (Juan 1:29; 14:15).

- Aceptamos que Dios quitó el Templo como juicio, no como abolición (Lucas 19:41-44; Mateo 23:37-38).
- Obedecemos cada mandamiento que sigue siendo físicamente posible hoy.
- Honramos los mandamientos que dependen del Templo al negarnos a reemplazarlos con rituales humanos.

La cruz no compite con el Templo. La cruz revela el significado que hay detrás del Templo. Y hasta que Dios restaure lo que quitó, nuestro deber es claro:

- Debemos obedecer lo que puede obedecerse.
- Debemos honrar lo que no puede obedecerse.
- Nunca debemos usar la cruz como excusa para cambiar la Ley que Jesús vino a cumplir, no a destruir (Mateo 5:17-19).